



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-11-2021

«Los que temen al Señor vivirán, porque su esperanza está en aquél que los salva. Quien teme al Señor de nada tiene miedo, de nada se acobarda, porque él es su esperanza. Dichoso el que teme al Señor» (Eclesiástico 34, 13-14).

La verdadera seguridad, la esperanza, la salvación, ¡vienen sólo del Señor Dios! De hecho, el que teme al Señor no tiene miedo, porque vive de esta certeza: Dios está a su lado, él lo sostiene, él es su esperanza.

La esperanza es una virtud teologal. Esta virtud le "da alas al hombre", y le permite ver más allá de los límites de lo humanamente posible. La esperanza cristiana es la valentía paciente y perseverante, que no cede al desánimo en las pruebas y en las tribulaciones de la vida. Es la audacia del Espíritu, que se gloria únicamente en el amor y el poder salvífico de Dios, renunciando a toda forma de autosuficiencia. La esperanza nos da la fuerza para continuar confiando en el Señor incluso si "ha escondido su rostro".

Incluso cuando parece que el futuro es oscuro y muy incierto, entonces Dios nos manda hombres y mujeres, inspirados por él, que iluminan nuestro camino y nos ayudan a mirar más allá, hacia el horizonte infinito del amor de Dios, que nunca defrauda a los que esperan en él.

Así le sucedió a Magdalena Aulina.

Magdalena estaba convencida de que la esperanza es el abandono filial al Padre, que sabe lo que necesitamos y que, en su providencia, da con generosidad. A lo largo de su vida, ella estuvo "anclada a la eternidad": su esperanza fue como un ancla espiritual, segura y firme, impulsada al más allá. La esperanza siempre la sostuvo, porque estaba muy convencida de que, si Dios está con nosotros, nadie puede estar contra nosotros: «Ni presente ni futuro ... ni ninguna otra criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús» (Romanos 8, 38-39).

En las horas más sublimes de la purificación, en las que el Señor permitió la prueba de la fe de su sierva, Magdalena solía repetir: "Si la Obra es de Dios, Dios vendrá a su encuentro". La fe de Magdalena fue una fe inquebrantable, siempre sostenida por la firme y segura esperanza de que Dios nunca la abandonaría, y que sus diseños de amor se realizarían en el momento oportuno.

Para Magdalena, la esperanza era fuente de mucha alegría. Solía decir: "¡Oh, si se pudiera ver la alegría que da el vivir de esperanza!". Y era también, para ella, una fuente de paz, de tanta paz que pudo decir en su última hora: "Tengo muchos dolores, pero ninguna pena; tengo completa paz".

Magdalena era una mujer de gran esperanza, porque su confianza en Dios era absoluta. Muestra de ello fue también la torre que quiso que se construyera en la finca

“Casa Nostra” de Banyoles: que estuviera bien cimentada en el suelo, pero apuntando hacia el cielo.

Ante la pandemia y sus consecuencias sociales, hoy, muchos corren el riesgo de perder la esperanza. ¡Un virus muy pequeño ha mostrado la fragilidad del hombre!

Por tanto, lo de la esperanza cristiana, acogida y testimoniada, es un mensaje fuerte y urgente en nuestros días y en nuestro mundo, donde y cuando todo parece tan efímero y frágil; donde y cuando se derrumban tantas certezas; cuando estamos perdiendo el "control" del planeta, que parece rebelarse contra lo que la mano del hombre le ha hecho y le está haciendo.

¡La esperanza cristiana es el mayor desafío que podemos lanzar en nuestra sociedad! La esperanza es la que nos ofrece la perspectiva positiva de un mundo mejor. Y hoy, más que nunca, el mundo necesita esperar, confiar, abrirse al horizonte infinito del amor de Dios.

En este tiempo de incertidumbre y de angustia, acojamos el don de la esperanza que viene de Jesús. Así podremos "navegar" en las tumultuosas aguas de la injusticia, de la enfermedad, de la muerte, con la certeza de que ellas no pueden y no deben tener ¡la última palabra!

En este mes de noviembre, la Iglesia nos invita a todos a tener un recuerdo especial en lo que nos espera, renovando la esperanza en Cristo resucitado, vencedor de la muerte, que nos ha dado la vida eterna. La esperanza de participar de la gloria del Señor no puede defraudar, ya que está fundada en el misterio pascual de Jesús.

En la comunión de los santos renovamos nuestra fe, y recordamos en la oración, de manera particular, a aquéllos que amamos que nos precedieron en el signo de la fe y pusieron su esperanza en el Señor.

